

sofia, hizo de manera que, concluidas en breve tiempo la lectura y exposicion de los textos de reglamento, quedara disponible la mayor parte del año escolar para ampliaciones y desarrollos muy extensos sobre ciencias morales y sociales, relacionadas más ó ménos inmediatamente con las materias de asignatura.

Entónces fué cuando inculcó ahincadamente á sus discípulos las doctrinas sanas sobre el origen y progreso de las sociedades; sobre los principios fundamentales de los deberes y derechos sociales; sobre la fuente de todo poder, desde el doméstico al social y público en su esfera más elevada; entónces les hizo conocer las profundas lucubraciones de publicistas como Thorel, de Maistre, Bonald y otros: sobre Filosofía é Historia religiosa, les hizo gustar las bellezas de Bossuet, Chateaubriand, Güené, Duclot, Lamennais, Gerbet y muchos más. Este empeño infatigable produjo el resultado inmediato, de que los actos públicos que al fin de ese curso presentó el Sr. Camacho, llamaran la atencion, tanto por la extension y variedad de las materias de exposicion, como por el verdadero y práctico interés de las tesis sostenidas por los actuantes. De los esfuerzos del laborioso Profesor en dicho curso, y del espíritu que á ellos presidió, resultó el gusto preferente que muchos de sus discípulos adquirieron por el estudio de las ciencias morales y religiosas: gusto que algunos han conservado y fomentado despues; á pesar de que las peripecias de su vida frecuentemente han sido muy extrañas al cultivo de esos ramos del humano saber.

Pero las relaciones del Sr. Camacho con sus discípulos, no se limitaron sólo á las de un profesor de oficio con los alumnos que frecuentan su aula; á las del maestro que enseña por posicion con el discípulo que le escucha por deber: fueron tambien las relaciones de un amigo afectuoso, que se interesa cordialmente por sus amigos; y muchas veces tomó sobre sí las obligaciones de un padre para con algunos de sus discípulos, que necesitaron de la proteccion y vigilancia paternal. Más de uno de ellos, necesitado á cortar su carrera por falta de elementos para continuarla, recibió de la liberal mano de su maestro lo suficiente para seguir sus estudios, sin las estrecheces y amarguras de la miseria: y varios otros, en esas dificultades y complicaciones que no faltan en la vida, aun en la edad soñadora de la juventud, recibieron de él consejos prudentes, acertada direccion, consuelos dulces, ó tambien represion oportuna y correccion severa.

La conclusion del curso de Filosofía fué para los discípulos del Sr. Camacho un acontecimiento tan triste como inolvidable; porque él determinaba la separacion, para siempre, de un maestro sábio, de un amigo afectuoso, de un digno padre. En el discurso que el ilustre Profesor pronunció, al cerrar el período de sus trabajos académicos, habló á sus discípulos un lenguaje que jamás ellos han podido olvidar. Habló á su inteligencia como un sábio; á su corazon como un amigo: retrotrajo su atencion á los años anteriores, corridos entre las dulzuras del estudio y los ensueños de la edad de las esperanzas: enderezó sus miradas á los años por venir, presentándoles en lontananza la realizacion de aspiraciones bellas, de lisonjero augurio ó de siniestros temores, segun que cada cual se mantuviera constante por rectos caminos, ó que declinara por extraviadas sendas. La juventud que en ese dia rodeaba al Sr. Camacho, rebosando de contento por la conclusion de la más penosa etapa de una laboriosa carrera; henchida de satisfaccion porque iba á comenzar los estudios que deberian abrirle algun dia una posicion social, no podia contener sus lágrimas, al considerar que tanto bien logrado y tan bellas esperanzas conquistadas, tenian por precio la relajacion de vínculos queridos; la suspension de relaciones tan gratas como las que tan estrechamente le habian unido con el varon ilustre, que hubiera, el primero, sembrado en su inteligencia el gérmen del saber, y en su corazon la semilla de la virtud, asegurándole con ello un título para venturoso porvenir.

Pero no obstante esa separacion imprescindible, el Sr. Camacho conservó siempre un afecto paternal á sus discípulos, y hacia de ellos gratos recuerdos cuando habia ocasion. Algunos le fueron ingratos; pero muy pocos; y nunca se le oyó al bondadoso maestro una expresion de queja contra ellos. Otros, por deber, por gratitud, por afeccion, mantuvieron relaciones amistosas con su antiguo profesor, quien tenia la amabilidad de sostenerlas por escrito, con una delicadeza y una caballerosidad que, haciéndole olvidar todo lo que él era y habia sido, sólo le dejaba tener presente lo que en la actualidad era aquel á quien se dirigia. Una de las últimas cartas que escribió al fin de sus dias, fué á un su discípulo con quien conservó afectuosas relaciones desde el año de 1842: la fecha de esa carta es de 20 de Julio de 1884: la muerte de quien la escribió fué el 30 del mismo mes y año. Sólo en corazon tan nobles y bondadosos como el del Sr. Camacho, cabe el cultivo

por más de cuarenta años, de una amistad continuada sin alteracion ni cambio, á través de mil azares de la vida y sostenida hasta el fin de parte de un superior espectable, á un inferior vulgar; de un Príncipe de la Iglesia á un simple estudiante, que jamás tuvo ni nombre, ni posicion, ni fortuna.

El Sr. Camacho tuvo la satisfaccion de ver el fruto de sus trabajos y desvelos como Profesor, en un número considerable de sus discípulos (atendido el número total de ellos), que en distintas carreras se conquistaron una honrosa posicion social; conservando en ella, por lo general, las ideas rectas y nobles sentimientos que supo inspirarles. Veinte sacerdotes, doce abogados y siete ó más médicos debieron su formacion preparatoria á tan esclarecido Maestro. Entre los primeros figura para honra del Episcopado mexicano, el dignísimo primer Obispo de Colima; y para honra del Clero de la diócesis de Guadalajara, varios sacerdotes de profundo saber, de virtud sin tacha y de espectable posicion eclesiástica. Entre los abogados, hubo alguno que desempeñó la Cartera de Justicia en uno de los períodos de la administracion de Juarez.

Mas en esa completa dispersion, en que por sus diversas vocaciones llegaron á encontrarse los discípulos del Sr. Camacho, muchos de ellos ocurrían á su antiguo Maestro, en solicitud de consejo; y respondía á las consultas de varios, ó les llamaba la atencion sobre casos de conducta pública, con advertencias oportunas, prudentes, y aun enérgicas, en su caso. Y no sólo esto, sino que extendía su vigorosa mano para sostener al que vacilaba; y en caso necesario, estaba pronto á desprenderse de cuanto tuviera por salvar de un conflicto grave al que en él se encontrase. Era el año de 1868, y alguno de sus discípulos se encontraba en cierta parte, entre la vida y la muerte, bajo el peso de una proscripcion política, con la espada de Damocles sobre su cabeza; y sin contar con más, para salvar su situacion, que la proteccion del cielo, y la fuerza de voluntad del que prefiere romperse á doblegarse. En tal situacion, el Sr. Camacho, preconizado ya Obispo de Querétaro, instó al proscrito para que emigrara del país, ofreciéndole generosamente los recursos que para verificarlo necesitara; y le decia por escrito estas afectuosas palabras: "Pero doblemos la hoja mia, y ocupémonos de la de vd., cuya situacion es verdaderamente crítica y me llena de congojas, por la inseguridad en que vive todavía. ¿No será posible que sa-

liera vd. del país, ó bien por la frontera, ó por algun puerto? Si la falta de recursos se lo impide, dígamelo vd. por este mismo conducto, que creo seguro; y esté vd. cierto de que apuraré los míos para proporcionarle con que pueda vd. moverse." (Carta de 21 de Agosto de 1868, en Morelia.) Tal era la conducta de aquel venerable varon para con sus antiguos discípulos; que habian conservado con él unas relaciones y amistad cimentadas sobre la mision del magisterio que la Iglesia le hubiera confiado alguna vez.

Y puesto que hemos dicho la palabra, no dejaremos pasar la ocasion de mencionar con honor la sabiduría de la Iglesia Católica, que acostumbra encomendar, de preferencia, el magisterio director de la juventud, al celo de sus sacerdotes; que por este medio contraen con las sociedades vínculos de verdadera paternidad; vínculos que se dilatan sin relajarse, y que vienen á ser un manantial inagotable de bien para todos los comprendidos dentro de ellos. La paternidad del sacerdocio tiene una fecundidad que supera á la de la naturaleza, porque es la fecundidad de la gracia, cuya accion, como no se limita á las fuerzas de la carne y de la sangre, tampoco se detiene ni embarga por los obstáculos que limitan la accion de la carne y de la sangre. De aquí procede que las conexiones contraídas por el sacerdote con el espíritu á quien ilustró con la verdad, y con el corazon á quien nutrió con la virtud, ni con las distancias se laxan, ni con los años se gastan, ni con las dificultades de los tiempos se desvirtúan. Al contrario, ¿qué escuela profana, qué maestros de la ciencia profanizada, pueden exhibir un cuadro tan interesante y conmovedor como el que ofrece la ciencia cristiana con sus maestros sacerdotes, y sus discípulos creyentes? ¿Cuántos son los profesores oficiales que conserven por sus discípulos, aun despues de cuarenta años, el amor de un padre, el celo de un maestro, el interés de un amigo? ¿Y cuántos son los alumnos de las escuelas increyentes, que rieguen con sus lágrimas el sepulcro de su maestro, de quien estuvieron separados por más de cuarenta años? En los días que corren vemos, es verdad, acordarse ruidosa apoteosis á maestros, no de ciencias, sino de sistemas; vemos duelos oficiales, y solemnes, aunque profanas obsequias, para honrar la memoria de doctores cuya mision no fué enseñar sino hacer olvidar; pero en esas escenas teatrales, en esas apoteosis mandadas hacer, qué se encuentra parecido al cristiano duelo consagrado á la memoria del maestro sacerdote, que se hacia to-

do para todos para salvarlos á todos, repartiendo, por mision divina, la luz, la verdad y el bien?

Pero volvamos á nuestro camino. Despues de concluido su curso de Filosofía, el Sr. Camacho fué nombrado Profesor de Teología Moral, en el mismo Seminario de Guadalajara; y sirvió esta asignatura por espacio de un año; ejercitando, durante él, tanto su saber como su prudencia y virtud, en la formación de los jóvenes más próximamente abocados al ministerio del altar, y al penosísimo ejercicio de la direccion de las conciencias.

Antes de concluir la enseñanza de Latinidad, habia recibido el Sr. Camacho el Orden del Presbiterado: y desde entónces sus trabajos no se limitaron á la enseña literaria, sino que se dedicó tambien á la predicacion y administracion de sacramentos. Varias veces fué invitado á ocupar la cátedra sagrada en la Iglesia Catedral; y siempre desempeñó su encargo, no sólo con aceptacion sino con aplauso, de auditorio muy competente. Ni en sus composiciones oratorias, ni en sus piezas didácticas ó doctrinales empleó jamás un lenguaje florido, ni daba mucha importancia á los recursos de la imaginacion. Las dotes, que en todo caso, revelaba en su discurso, eran la claridad en la concepcion, la sencillez en la expresion y la precision en la fórmula: dotes que encastilladas en una lógica inflexible; daban incontestable ascendiente á la palabra del predicador, y á la pluma del escritor.

Solia tambien ser llamado, de fuera del Seminario, para administrar el sacramento de la Penitencia; y dentro del establecimiento estaba siempre dispuesto á oír al que le llamaba. Era el penitenciario favorito de todos los colegiales de corta edad, quienes gustaban de recibir de sus labios las más sencillas lecciones de una virtud infantil. Esa preferencia de los niños por el Sr. Camacho, indica muy claramente el temple del corazon de este representante de Jesucristo: era que, entre los cancelos del tribunal de la misericordia, recibia á los niños con la ternura y bondad aprendida del que dijo: *Dejad venir á mí los niños, y no se lo vedeis; porque de tales como estos es el reino de Dios* (Lúc. XVIII. 16) Confesaba tambien, dentro del Seminario, ordinariamente los sábados, á muchos hombres del pueblo más pobre; y esto le presentaba ocasion de ejercer su caridad, socorriendo necesidades extremas, que tal vez descubria entre los sollozos y lágrimas del arrepentimiento. A varios de sus penitentes les daba aun su ropa de uso: en más de una

ocasion sucedió que, yendo el familiar que le servia á prepararle ropa interior para que se mudara al dia siguiente, encontrase el baúl vacío el familiar se affigia, atribuyendo la desaparicion de la ropa á algun hurto; y con pena, daba aviso del caso al Sr. Camacho; quien le escuchaba aparentando sorpresa; le calmaba y le mandaba que fuera á casa á pedir más ropa. Vive aún, y es un Párroco respetable, el entónces familiar, quien puede dar testimonio de tales hechos.

Harémos notar, de paso, que esa dulzura de carácter que atraia á los niños al confesonario del Sr. Camacho, era tambien un atractivo para las personas de su edad y de su estado; con quienes, en su trato, hermanaba una afable jovialidad con una gravedad noble. En todo el tiempo que desempeñó cátedras en el Seminario, necesitado á alternar con muchos compañeros, y éstos de distintos caracteres y diversas educaciones, jamás tuvo diferencia ni disgusto con alguno de ellos: todos le amaban; se familiarizaba con todos; pero, al mismo tiempo, todos le respetaban y le guardaban las consideraciones que obtiene siempre, sin exigir las, la verdadera virtud y el mérito notorio.

El solo era el único que no tenia conciencia de ese mérito; porque no lo hay verdadero, si no está sancionado por la modestia y la humildad. Cuando en 1843 recibió en la Universidad de Guadalajara el grado mayor de Licenciado en Sagrada Teología, fué compelido á hacer su presentacion y á sujetarse á los ejercicios académicos de estatuto, por instancias, ó más bien órdenes, de personas á quienes respetaba y obedecia. Cuando, despues de haber sido aprobado por unanimidad por el Claustro de Doctores, y de haber recibido el Capelo blanco, era justamente felicitado por el brillante desempeño de todas sus funciones académicas, se manifestaba sorprendido; y decia, con mucha naturalidad, que no encontraba motivo de felicitacion por cosas que podria haber hecho un mediano estudiante. En el Sr. Camacho, verdadero amante de la ciencia, incansable cultivador de los ramos del humano saber que fueron de su competencia, siempre se vió realizado aquel oráculo de la verdad revelada: *Donde hay soberbia allí habrá ignorancia; mas donde hay humildad habrá sabiduría.* (Prov. XI. 2).